

PRECIO EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público dos veces por semana.

La manera menos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses. 12 reales.
Valiéndose de comisionados. 14

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses. 30

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de Gitanos, núm: 11, principal:

NOTAS.

La palabra (progresista), colocada entre paréntesis á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color:

Se traspan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

RIGOLETO.

PERIÓDICO (PROGRESISTA.)



SALE LOS DIAS 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27 Y 30 DE CADA MES.

¿QUIÉN ES EL QUE ARRIESGA MÁS?

I.
Si todos los españoles se cruzaran de brazos en presencia de los males que afligen á la patria, nunca llegaríamos al fin de nuestras desgracias. El retraimiento por miedo, por debilidad, por egoismo, por falta de fé ó por las suspicacias de la duda, engendra el escepticismo y la indiferencia; y bajo el imperio de estos dos atroces vicios del corazon, se afeminan los pueblos y se hacen permanentes las catástrofes.

El esfuerzo aislado de un individuo, por enérgico y vigoroso que sea, apenas puede hacer contrapeso á los males generales de la sociedad; pero si al esfuerzo de un individuo se suma el de otro, y á estos los de la mayoría de los ciudadanos, la gravitacion colectiva puede inclinar la balanza del destino en sentido favorable y llegar á ser un hecho la regeneracion de un Estado.

Existe en todas las causas políticas una raza de hombres que, sin intencion de causar daños, sin deseo de ocasionar perjuicios, producen más estragos que una calamidad, sirviendo de rémora y obstáculo á toda accion salvadora y benéfica.

Son estos los que pudieran llamarse con propiedad y verdad *amantes platónicos*.

Pasan la vida en una eterna vacilacion: en todo ven un riesgo ó una cautela: llevan la duda en el cráneo; y cuando examinan su corazon en la soledad y en la sombra, le hallan siempre temblando, esclavo del deseo feroz de la vida.

En estos corazones débiles y marchitos se han secado en germen las flores de los más grandes sentimientos á impulsos del recio vendabal del egoismo. El agradable *confort* de la vida doméstica apaga en ellos el último reflejo del amor de la patria. Los privilegios más altos de la fortuna, tales como la ciencia, la riqueza ó

la ventura del hogar, sólo han servido para hacerlos inaccesibles á todo sacrificio generoso, y viviendo como anacoretas ó solitarios dentro de la sociedad humana, ven que la patria sucumbe, que se escarnece la religion, que se mancilla la honra nacional, que se pervierten las costumbres, que todo lo augusto y venerando es objeto de escándalo y vergüenza, y encastillándose en la fortaleza del miedo exclaman: «Yo no me comprometo: yo tengo mucho que perder: yo soy rico: yo tengo esposa: yo tengo hijos: yo soy feliz: la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.»

No será censurable en algunas ocasiones esta manera de raciocinar; pero si todos los hombres pensarán de idéntica manera, ni existirían el amor de la patria ni el amor de la humanidad.

Concededme que hubieran pensado así los héroes de la restauracion española, desde Pelayo hasta Isabel I, y seríamos musulmanes hace once siglos. Concededme que hubieran pensado así los hombres de todas las edades, y la historia patria no podría exhibir á la admiracion del mundo los nombres de Guzman el Bueno, de Colon, del emperador Carlos V, de D. Juan de Austria, de Daoiz y de otros cuyas altas hazañas y generosas empresas parecen dignas de las epopeyas órficas.

Una de dos: ó se suprime el heroismo, que es como una especie de santidad civil, ó de lo contrario es preciso suprimir el *yo*, que es un instinto animal de donde se derivan todas las bajezas y todas las miserias.

Llamado en España el partido carlista á desempeñar una mision providencial, quizás cuente también en su seno amantes platónicos de la idea que, juzgándola buena y consagrándola su cariño en silencio, no se atreven á arriesgar nada por su triunfo, ocultando en el retraimiento su fé tibia, su debilidad, sus vacilaciones y su escaso patriotismo.

Si estas almas yertas necesitan para vivifi-

carse un alto ejemplo de abnegacion de esos que se acercan á la sublimidad heróica, dentro del partido carlista hallarán esa muestra soberana de generosidad.

Ese alto ejemplo le ofrece *el que arriesga más*.

Y *el que arriesga más* dentro del partido carlista es el Rey.

II.

Si los favores de la fortuna y la posesion de los más bellos dones de la naturaleza son causas bastantes para justificar el retraimiento de los hombres de las empresas santas y patrióticas, negándose á realizar los sacrificios que exige el bien de la sociedad, ningun carlista podría vacilar con más razon y fundamento que el Rey, que es el que aventura más en la partida.

Unos temerán arriesgar sus riquezas: otros su posicion: otros su juventud y su dicha doméstica. El Rey lo aventura todo de una vez.

Fortuna, posicion, honores, juventud, bello porvenir: el amor casto de una esposa amante: las caricias de una hija idolatrada: el cariño tutelar de una madre, que es el tipo de la mujer fuerte y superior: el afecto dulce y vehemente de un hermano, elevado ya en los primeros dias de la edad viril al rango de los héroes: los halagüeños vínculos de una familia histórica abrumada de gloria, que goza de la más alta consideracion de la Europa: las ilusiones más gratas de la vida: las promesas de felicidad más encantadoras; todo esto es lo que arriesga el Rey legítimo, el Rey cristiano, el Rey caballero, por la regeneracion de España, y por devolverla su grandeza desvanecida.

¿Es una aspiracion ambiciosa la que se enfeuda en el alma de D. Carlos de Borbon para reivindicar sus derechos al trono español? ¿Es una aspiracion de vanidad? ¿Es un mezquino cálculo de soberbia?

Nó: D. Carlos de Borbon es el heredero pre-

sunto de las fortunas más pingües de Europa. Por su exaltación al trono de España no se ha de aumentar la grandeza nobiliaria de su estirpe; y el que está acostumbrado como él á ser sóbrio, morigerado, sencillo; el que está conaturalizado con la paz y los encantos de la felicidad conyugal y con los goces purísimos de la familia, bien podría considerar satisfecha su vanidad estableciéndose en Austria, donde sería considerado como nieto del emperador Carlos V, ó deslumbrando en París y en Roma con el brillo de una posición fastuosa adecuada á su rango de príncipe opulento.

Nó: ni la ambición, ni la vanidad, ni la soberbia son los fundamentos del designio trascendental de D. Carlos de Borbon al reivindicar sus derechos al trono de España. El trono, como dijo el primer Bonaparte, no es más que un leño cubierto de terciopelo, y la corona de España en la actualidad tiene sobradas espinas para que halle nadie placer en ceñirla á sus sienas.

Si D. Carlos de Borbon está dispuesto á arriesgar su juventud, su dicha, su fortuna, su porvenir, sus santos afectos y los raudales de sangre que circulan por sus venas, es porque ama á España, porque en todos los latidos de su corazón se exhala el fuego de este amor grande y sacrosanto, porque anhela el bien de esta patria noble y desgraciada; porque ve su afrenta, su abyección, su envilecimiento, y no puede resignarse á llorar como una débil mujer los males que puede remediar el varón fuerte, el hombre del sacrificio, el genio caballeresco que consagra su existencia á las grandes empresas; y, ó salva á la sociedad, ó gava un puesto en el martirologio civil para ser en él en todos tiempos honra de la humanidad.

III.

Hemos llegado ya en España á un período crítico en que son de precisión absoluta las resoluciones irrevocables y los propósitos trascendentales.

La revolución con su lujo de horrores nos ha proporcionado el bien de que todas las situaciones se definan, y de que los hombres tomen posición fija en los campos de la política.

La timidez, la irresolución, el miedo y el excesivo apego á ese *yo* avasallador, que escarba y ahulla en el corazón del hombre, son bastardos sentimientos que engendran el escepticismo y la indiferencia, prolongando indefinidamente las agonías de la patria.

Cuando la sociedad está en peligro, cuando la humanidad llama á nuestras puertas, no es lícito que el hombre recto se esconda en el rincón más oscuro de su casa y justifique su vergonzosa actitud con estos sofismas: «Yo no me comprometo: yo soy rico: yo soy feliz: yo tengo familia: yo soy antes que la patria y que el mundo entero.»

Si todo se hubiera de sacrificar al *yo*, ¿qué quedaría entonces para los demás?

Las empresas del heroísmo difícilmente pueden realizarse sin correr riesgos ni arrostrar compromisos.

Todos los hombres tenemos algo que perder: todos tenemos nombre, familia y apego á la vida. El más desgraciado de todos siempre tiene algún vínculo en la tierra que le haga preferir su propio infortunio á la muerte; y si todos nos amparáremos de la cómoda protección del retraimiento, imposible sería buscar el término de las desventuras de la patria.

En situaciones tan aflictivas como la de España no hay sér, por débil y pequeño que sea, que merezca desecharse como inútil. Los ancianos dan su consejo; las mujeres prestan sus mejores inspiraciones, y hasta las tiernas miradas de los pequeños despiertan en el corazón del patriota los grandes sentimientos del honor, al par que brotan de su frente las ideas más generosas.

En situaciones como la presente, el que tiene dinero sirve á la causa nacional con sus caudales; el que tiene juventud con su vigor y su fuerza; y el que tiene talentos, instrucción y experiencia, con sus enseñanzas.

De todas maneras se puede servir á Dios y á la causa de la patria menos con el retraimiento, con la duda, con el pavor, con la indiferencia y con el escepticismo.

¡Desgraciados los corazones inertes que no son capaces de sentir la felicidad recóndita que entrañan los sacrificios generosos!

Esos miembros helados, secos y carcomidos por el egoísmo ningún bien pueden hacer á la patria ni á la humanidad.

EL MATRIMONIO CIVIL Y CRIMINAL.

El epígrafe de este artículo no es nuestro.

Nos lo ha prestado un secretario de las Cortes, que sin querer ha llamado por su verdadero nombre al concubinato liberal que se nos acaba de imponer.

Como los niños y los tontos dicen las verdades hemos por eso recogido su epígrafe, que es la verdadera expresión de los que no se atreven á decir otra cosa, forzados por las circunstancias.

Así, pues, el matrimonio civil hasta su última hora ha tenido el carácter de criminalidad, puesto que para su aprobación ha tenido que andar á salto de mata.

Veintisiete diputados aprobaron el martes el matrimonio civil en medio de la soledad de la Cámara y de la risita del Sr. Ruiz Zorrilla, que se traducía de esta manera:

¡Qué camelo les he dado!

Veintisiete votos han dado una ley escandalosa á una nación de diez y seis millones de habitantes.

Nadie nos lo ha dicho: contamos uno por uno los individuos que estaban en el salón, y resultaron *veintisiete*.

El que diga lo contrario falta á la verdad, porque treinta periodistas de todos colores los contaron con nosotros y se rieron de las necesidades con que revistió el Sr. Martos su satírica oración.

Peró qué sátira y qué Sr. Martos.

En fin, el matrimonio civil se aprobó en martes y la oración fúnebre se la hizo Martos.

Se juntaron dos calamidades.

Nada queremos decir de los preliminares de la votación por respeto al presidente, que por mal que lo haga pudiera venir otro que lo hiciera peor.

Entre los progresistas no se puede dudar nada.

Fué una votación á *sotto voce*.

El presidente, tal vez para despachar más pronto, escogió el momento en que el salón estaba vacío, interrumpió al orador que estaba hablando, se leyó el proyecto á la ligera, saltando capítulos, y se hizo la aprobación sin oír á los diputados que pedían votación nominal ó que se contasen los presentes.

Nada se oyó: la campanilla del Sr. Ruiz Zorrilla cobijó el matrimonio civil, y unos cuantos enormes porrazos en la mesa le dieron la aprobación.

Para todas las votaciones hay un repique general de campanillas en los salones de conferencias para llamar á los diputados; en esta votación reinó el silencio más profundo.

Peró no fué esto sólo, sino que el presidente hasta varió los artículos del reglamento á su gusto, con toda la oportunidad de un progresista de pura raza.

Ya saben ustedes lo que es un progresista oportuno.

Dice el reglamento que los diputados que se pongan en pié aprueban la ley; y como se quedasen todos sentados, dijo: queda aprobada.

Esto es digno de que pase á la historia en clase de *calembour*.

El Sr. Ochoa presentó una proposición para demostrar todos estos abusos, como lo hizo con elocuencia, con exactitud y con verdad.

Sus palabras, así como las de Ortiz de Zarate y el conde de Iranzo, demostraron que la aprobación de la ley era nula.

Un señor diputado, llamado Carratalá, improvisó una conversación para defender, á la mesa.

Estos progresistas en hablándose de mesa ó de comestibles al instante toman la palabra como quien toma un palo.

El Sr. Carratalá nos dió un modelo de elocuencia progresista que produjo la hilaridad de la Cámara.

Este es un Congreso muy alegre; nos gusta por lo alegrito que está siempre.

Después de las escursiones histórico-geográfico-científicas del Sr. Carratalá, cogió Martos una alusión por los cabellos de Madoz.

Aquí te quiero, escopeta.

No nos atrevemos á decir que representó el papel de payaso; peró con su cara de niño lloron sus anteojos de medio lado, las evoluciones de sus dedos, las contorsiones de su cuerpo y sobre todo lo estrujado de sus frases nos parecía á Mariano Fernandez haciendo *Las gracias de Gedeon*.

Media docena de cimbríos (ya saben ustedes lo que significa cimbrío), se reían y lo aplaudían.

Los cimbríos generalmente están siempre alegres, desde Rivero hasta Becerra.

Por eso decía entre sus gracias Martos que la Cámara estaba de regocijo.

Es de advertir que todos los vasos que sirvieron los porteros nos parecieron de agua.

Martos sin embargo, insistió en el regocijo de la Cámara y nos convenció de que había muchos diputados alegres.

Echándola de gracioso, dijo que aunque había pocos diputados en la Cámara (veintisiete) los demás estaban en los salones.

En efecto: y los que no estaban en los salones estaban en sus casas ó en sus pueblos.

El Sr. Ochoa se levantó y le dió otro *revolucion*, como dicen en mi tierra; peró como la Cámara estaba de regocijo, se rieron de sus frases.

El Sr. Ochoa oportuno, elocuente y digno apostrofó aquellas risas extemporáneas de la *Tontocracia*, echándola en cara la poca deferencia que tenía con la minoría.

Y es la verdad: los progresistas ni hablan, ni discuten, ni dan razones; peró ahogan con gritos y risas la voz de las minorías.

En esto se parecen al tonto de la tierra del

malogrado marqués de Premio Real, que decía que se reía de todo el que hablaba, viniera ó no viniera á cuento.

Los progresistas siguieron en su regocijo y entonces Ochoa habló de su soberano desprecio.

No oimos más.

La votacion de la proposicion no llegó ni con mucho á la mitad más uno de los diputados que se necesitan para votar leyes.

Esto ya lo sabia el presidente y por eso aprobó la ley por *veintisiete* diputados.

La ley en rigor no es ley.

Y nosotros nos reimos ahora de la travesura progresista.

Y la proposicion, no obtuvo los votos necesarios á pesar de que la votaron los republicanos, que se han hecho unas sucursales de las calabazas progresistas.

RIGOLETO felicita al presidente y á los *veintisiete* diputados por la gran fuerza que han demostrado en esta cuestion, pudiendo ellos solos más que toda España.

Verdad es que el Sr. Carratalá decía que el matrimonio civil era la luz.

Por eso aquella noche se iluminó la calle de Gitanos.

Le aconsejamos al Sr. Carratalá, lo mismo que á los que se reían como fariseos, que aprovechen esa luz para ellos, puesto que á los demás les sobran luces y no necesitan más sino que Dios les alumbré la mollera á los que, encargados de la felicidad del país, en vez de hacerla le van arruinando y precipitando en un abismo sin fondo.

¡Luz, luz! pero para los progresistas, que están á oscuras.

CAMINITO DE LOGROÑO.

Dicen que viene Espartero á dar gusto á su partido; dicen que está decidido á dejar su gallinero; la comision que fué á allí viene contenta y ufana porque ha dicho el de Luchana que sí.

¡Que viva el rey! ¡Quién no encomia el celo de esos patricios, que á fuer de buenos oficios nos dan por rey una momia!

Mas ahora pregunto yo: ¿y si así que esto analice el noble Espartero dice que nó?

Honrado y valiente es con que venga ¡vive Dios! que aquí estamos juntos los del año cuarenta y tres.

Cuando la marcha no siga que dispongamos aquí, otro puntapié aunque diga que sí.

Madoz busca una peluca porque los mosquitos pican, y el trozo le mortifican de la mollera á la nuca.

El desgraciado llevó de los micos el primero porque le dijo Espartero que nó.

Don Juan, á decir verdad, mira estas cosas sin susto, mientras descansa con gusto sobre la interinidad.

El vive como hasta aquí, siendo el patron de este buque, y no teme diga el duque que sí.

Viendo que todo es pamema y que está aquí la langosta, la cual del país á costa engulle, salta y blasfema, traga

Vuelve la espalda Espartero, les da un *camelo é mistó* y dice en su gallinero que nó.

Embarca los equipajes otra vez la comision, y á Logroño en procesion echa otros nuevos viajes:

Pone una parte desde allí que tiene mucho salero, diciendo: «dice Espartero, que sí.»

Los amigos se alborotan, dan programas, manifiestos; hay carreras, voces, gestos, unos corren y otros trotan.

Van á la estacion así, y allí saben como yo que el duque dijo que sí y que nó.

Hay juntas en el Congreso, en la Tertulia corrillos, y corren como chiquillos los señores del progreso, que al fin de tanta embajada, tanto cuidado y esmero, convienen en que Espartero no dijo nada.

Mas con estas soluciones y cosas tan bien previstas, ya llegan los progresistas al nivel de los melones.

Esto se hunde por de pronto, y esta es verdad que no [engaña; pero ellos dicen: «España, dame pan y dime tonto.»

LA ORATORIA DEL SÁBADO.

La revolucion, disfrazada hasta hoy con los relumbrones fastuosos de las mentiras amargas, ha entrado en el periodo de las verdades alegres, y colocada en este punto no hay espectáculo bufo que la iguale.

Que se reunan varios hombres para destruir, y cuando hayan conseguido su objeto los vereis separarse para destruirse á sí propios. En esto, como en otras cosas análogas, se cumple una ley psicológica inflexible, y esta ley es la que aplica la pena del talion, que es la más dura de las penas.

Desde que el diputado Damato se metió á parodiar á Pero Grullo con la intencion de un toro, sacando á la colada los negocios particulares de los diputados independientes, la oratoria revolucionaria ha tomado un interés cómico progresivo, especialmente los sábados, dias en que las brujas y los trasgos celebraban antiguamente sus fiestas legendarias; y seria cosa de desternillarse de risa con los espectáculos que se representan en el Congreso si fuera posible hacer reir al que tiene desgarradas las entrañas.

Tanto ha llorado ya el país, que faltaria RIGOLETO á sus deberes formales de bufon si se propusiera entristecerle; y ya que somos todos tan desgraciados, no es justo que nos privemos del consuelo de reir á mandíbulas batientes con

los desatinos de los que gozan y se divierten á nuestras expensas.

Gracioso entre los payasos es Paco Arderius cuando viste el tonelete, y apoyándose en el paraguas clásico de Montpensier levanta las piernas y enseña á las hijas de familia las evoluciones morales del *Can-can*; pero dificultó yo que tenga más gracia que Puig y Llagostera cuando increpa á la fraccion que *come* para que cese la interinidad, y señala como fórmula del patriotismo revolucionario el voluminoso estómago del general Izquierdo.

Gracioso entre los bufos políticos es el diputado Puig; pero más gracioso me parecen todavía Ruiz Zorrilla cuando le enseña los dientes y le aplasta con la autoridad de la campanilla; Figuerola cuando le llama *impertinente*, y el general Izquierdo cuando se levanta con su majestad de cosaco y su seriedad de mameluco á enseñar al país su enorme vientre y á decir con la alegría más suprema de sus quijadas que *come con satisfacion*.

El interés del espectáculo al llegar á este punto decae visiblemente, como decaen todas las conversaciones de sobremesa; pero el mismo general Izquierdo le animará más tarde diciendo que ha perseguido á Prim como soldado; que no hace política menuda, sino política de majestad; política grande, en un palabra; la política que puede hacer el que cobra seis mil duros del Estado, ropa limpia y coche.

Todo esto es alegre como un ária de caricatto; pero no tiene la trascendencia de los chistes lúgubres de Romero Robledo, que se queja de que Andalucía está infestada de malhechores, hasta el punto de que los labradores no pueden visitar sus propiedades, mientras el juez de Torrón, progresista de pura raza, se pasea del brazo por las calles públicas con los presuntos autores de un horrendo asesinato.

En grave conflicto hubiera puesto el Sr. Romero Robledo al gobierno si Rivero no le hubiera asegurado con gran serenidad de despiritu que sigue ocupándose en limpiar de ladrones las provincias de Andalucía, por más que no lo puede conseguir en Madrid, donde ha tenido que concentrar toda la Guardia civil de España, á fin de ver si los miserables de la noche de San Daniel pueden echar el guante á los miserables que ha traído la *gloriosa*, y que no quieren respetar ni el reloj del diputado Cantero, extraído de su bolsillo por una mano sagaz á la salida del teatro.

Respecto al juez de Torrón, la acusacion no puede ser más grave: pero el ministro de Gracia y Justicia aseguró que lo de pasearse del brazo con los presuntos reos de un asesinato ha sido nada comparado con el hecho del promotor fiscal, ahijado del Sr. Romero Robledo, el cual habia pedido el sobreseimiento y la escarcelacion de los reos de una matanza, donde hubo cinco cadáveres y algunos heridos.

Pero todo esto es lúgubre y funerario, y huyendo de la oratoria de los sepulcros, saldremos de la administracion de justicia por cualquiera de sus boquetes y entraremos en la administracion civil por una de sus gateras.

El diputado Fernandez Vallin nos llevará de la mano, y despues de la doce de la noche, hora en que el Sr. Rivero puede recibir á hombres de la pasta del Sr. Montero Telingue, que duerme de dia en las Córtes y vela de noche, nos presentaremos en el despacho del ministro de la Gobernacion; y el mismo Sr. Vallin nos demostrará con

datos y documentos que el Sr. Rivero duerme la siesta sobre una carga de expedientes sin resolver; que no conoce el presupuesto de su departamento ni necesita conocerle; que hay gobernadores que no han visto su firma, y que, inventor de la literatura telegráfica, se permite el lujo de expedir tres ó cuatro mil telégramas por semana.

Después de demostrado esto, el Sr. Vallin se halla dispuesto á demostrar que profesa al señor Rivero tanto cariño como el que le profesó su difunto hermano, que le tuvo escondido en su casa en el mes de Junio de 1866.

Aquí cuadraría bien aquello de «buenos amigos tienes, Benito;» pero no queriendo el señor Rivero parecerse á Benito, se ha metido á poeta cursi, y tomando por modelo al pastor ó cabrero de la *iglesia cristiana liberal de Villanueva de la Vera*, ha endilgado al Sr. Vallin el siguiente cantar, cuyo último verso corre más que una liebre, sin duda porque tiene largos los pies:

«Estando en gracia de Dios
maté á mi mujer de un palo:
si esto fué en gracia de Dios
que sería en gracia del diablo?»

Pero este canto ó adokin, arrancado de la musa pedestre del Sr. Rivero, no hubiera hecho reír á los guarda-cantones de la mayoría si el ministro no hubiera lanzado sobre ellos á boca de jarro este borboto de chistes musicales:

«¿Conoce el Sr. Vallin un órden más perfecto que el que hoy reina? ¡Viva España! digo, ¡viva la Pepa! Yo prosigo con perseverancia el arreglo de todos los servicios para crear una administración. ¡Anda, salero! Por lo demás, tengo que tomar el debate á la altura en que le coloca el Sr. Vallin: si le encuentro en el suelo allí tengo que ir; y si uno encuentra fango tiene que mancharse (¡Alza Pilili!)»

Ignoro si Vallin ha respondido al ministro enseñándole los puños ó rechinando los dientes; pero las escenas bufas del sábado terminaron con grandes aspavientos.

Amaneció el domingo, y como día de jolgorio, se subió Salmeron á un ómnibus á su regreso de Logroño, y desde aquella tribuna ambulante, sostenida por cuatro pares de mulas, anunció á grandes voces que Espartero no aceptaba la corona; pero que por lo mismo debían ofrecérsela.

Por la tarde hubo elección de junta de gobierno en el colegio de abogados y se trató de nombrar tesorero á Figuerola; pero no se pudo conseguir porque lo impidió la risa.

El lunes volvió á haber tiberio en las Cortes.

Figueras llamó á los unionistas alfonsinos, y Romero Robledo llamó á los republicanos filibusteros.

Como se vé, la pobre revolucion está acabando sus días, convirtiéndose de reina bacanal en mujer de plazuela.

CATECISMO DE LA GLORIOSA.

LECCION XXVIII.

P. ¿Cómo morirán los revolucionarios y sus principales discípulos?

R. Arrastrados los unos por los otros.

P. ¿Cuándo sucederá esto?

R. Cuando tengan que comerse unos á otros.

P. ¿Cuánto tiempo durarán las persecuciones contra los cristianos?

R. Poco, porque están cerca del Calvario los nuevos redentores.

P. ¿Qué delitos cometieron para ser tan perseguidos?

R. Defender á la Iglesia contra las barbaridades liberales.

P. ¿Y por qué se les castigaba?

R. Porque la libertad es el reinado del garrote, y sin este no se concibe el progreso.

P. ¿Por qué condenan á los curas y los obispos?

R. Porque quieren que juren una Constitución de la que los liberales se han reído antes de hacerla.

P. ¿Y por qué tienen tanto empeño en ese juramento?

R. Por ver si hay quien sepa guardarlo, puesto que ellos no han podido.

P. ¿Y qué hacen con los carlistas?

R. Los muelen á palos y los vejan con socaliñas mientras derriban y limpian las iglesias.

P. ¿Y les hacen algo más?

R. Los asesinan cuando viene á cuento en nombre de la libertad y la gloriosa.

P. Referid algunos de sus asesinatos.

R. Los de Montealegre, Calatayud, Vitoria, Segovia, Valls, etc.

P. ¿Y hacían justicia?

R. Sí señor: la justicia de la arbitrariedad, según dice el apóstol Romero Robledo.

P. Entonces ¿qué se entiende por libertad?

R. El reinado de los escándalos.

P. ¿Y libertad progresista?

R. La sublimidad de la tontería.

P. ¿Y por qué se llaman tontos los progresistas?

R. Porque por meterse en su casa se meten con las iglesias.

P. ¿Y cuándo acabará esa tontería?

R. No tardará... porque detrás viene el que ha de enderezarlos.

BUFONADAS.

La oratoria del Manzanares va extendiéndose por el Congreso.

Cuando las comadres se pelean se dicen las verdades.

Allí se llaman diputados de pandilla, filibusteros, tumbones, procuradores de credenciales, heliogábalos, y luego se aprietan la mano cariñosamente.

Aquí venía bien el cuento del tonto de mi tierra, que concluía diciendo:

¡Qué partía nus hemos juntao!

En el campo de Gibraltar varios malhechores han secuestrado algunos ingleses.

Parece que los progresistas han escrito á esos malhechores que se den una vuelta por aquí.

Se ha suprimido la academia de caballería de Valladolid, dejando sólo la escuela de herradores.

Ya decía RIGOLETO que los progresistas lo suprimirían todo menos los herradores.

Estos para ellos es un ramo de primera necesidad.

El Sr. Figuerola reconvenía el sábado al Sr. Llagostera por lo duro de la forma de sus discursos.

El Sr. Figuerola tenía razón, porque él es hombre comedido, mesurado, galante, bien educado.

¡Qué forma más bella y delicada que la de sus discursos, sobre todo aquel en que llamó ladronas á las ex-reinas, madre é hija!

El Sr. Figuerola es un modelo de cortesía y templanza.

El general Izquierdo dice que él no hace política menuda.

En efecto: sus dimensiones físicas no son para ello.

Sobre todo su política es tan levantada como el duque de Montpensier á quien la dedica.

El mismo general dijo á Llagostera que él come con gusto el pan de la patria.

Parece mentira que tan chiquito tenga tan buenos dientes.

¿Habrá mudado ya el general Izquierdo?

Después de esto dijo que él había perseguido al general Prim cuando no era político y se dedicaba á perseguir criminales.

Ahora come con él porque es otro hombre.

De modo que Dios los cria y ellos se juntan.

Me acaban de decir que los periodistas que de-

fienden á Montpensier han acordado acabar de una vez con todos los que le combatimos, provocándonos á celebrar duelos.

Estamos á dos pasos del cementerio.

El sistema es bueno siempre que tenga el éxito que tuvo en los Carabancheles.

Algo habian de aprender los periodistas del matador de su primo.

Por de pronto el maestro les ha enseñado á batirse á cadáver limpio y á esqueleto seco. Veremos cómo se portan.

RIGOLETO declara que es discípulo de Gaminde en esta ocasión, y que sólo puede batirse á mortero y con balas del calibre de las de Gracia.

Nos bombardearemos, si señor.

¿Va el duque á gusto en el machito?

Pues váyase S. E. á establecer su trono en Coria, que es la patria del bobo.

Después de darse un baño en agua con azucarillos prometió ayer, según dicen. Coronel y Ortiz ser padrino del primer niño que naciese del matrimonio civil.

¡Civileras, ojo al niño zangolotino!

En el teatro del Circo se ha puesto en escena la comedia titulada *El arte de hacer fortuna*.

Ha sido una buena ocurrencia, porque para los progresistas es la función de moda.

No ha asistido á la función el gobierno ni sus individuos.

Decía el martes el general Prim á sus progresistas:

Los portugueses dudan de nosotros porque no nos conocen.

¡Digo! y si los conocieran ¿qué dirían?

El Sr. Figuerola ha presentado una Memoria de la Hacienda.

Es una buena idea, porque al menos si no nos queda Hacienda nos dejará una Memoria de ella.

El martes decía Sagasta que España no tenía el más remoto plan respecto á Portugal, y Prim dijo lo mismo; mientras Rivero abogaba por la union ibérica por medio de un abrazo.

Para barbas las de Martos,
para alegrías Rivero,
para callar el regente,
para armonía el gobierno.

El hombre de los chanclos y de la bufanda siente ya un malestar en todo su cuerpo, como si le picaran dos ó tres millones de chinches.

No puede vivir en Sevilla porque los sevillanos le miran de reajo.

No puede vivir en Madrid porque los madrileños le tienen entre ceja y ceja.

En Sevilla le dan con las puertas de los casinos en las narices.

En Madrid se convierten en cerradas las serenatas que le preparan sus amigos.

Ya no le queda más remedio que liar el petate y establecerse en el país de las monas.

Allí puede ganarse la vida cultivando naranjas, enseñando los micos y tocando el organillo.

Pobre señor: está visto que en la España del porvenir no podrá desempeñar siquiera el papel de sargento de realistas.

Hemos leído con gusto el folleto intitulado *Doña Isabel de Borbon ante el juicio de la Europa*, escrito por nuestro apreciable correligionario el Sr. D. Manuel Perez.

La erudicion de su doctrina, la solidez de sus razonamientos y las conclusiones lógicas que establece le hacen digno del estudio y de la meditacion de los pensadores juiciosos, por todo lo cual nos consideramos en el deber de recomendarle.

ADVERTENCIA.

Próximo á finalizarse el segundo trimestre de la publicacion de RIGOLETO, se abre abono para el tercero hasta 15 de Junio próximo.

Los señores que quieran continuar la suscripcion, pueden renovarla en la forma establecida hasta esa fecha, pasada la cual y tomando su silencio como negacion á seguir siendo suscritores, se les dará de baja y cesarán de recibir el número.

A LOS VENDEDORES QUE NO LIQUIDEN MENSUALMENTE, SE LES SUSPENDERÁ LA REMESA.

IMPRENTA Á CARGO DE J. J. DE LAS HEPAS.
San Gregorio, 5.